



mayorazgos resultaron, estados y señoríos.

Avivábanse en este tiempo las nuevas de la guerra que hacían en la frontera los reyes de Portugal y de Aragon: proveyó á esto prestamente con un buen ejército que envió á la frontera de Aragon, cuyos capitanes Pero Gonzalez de Mendoza, Álvar Garcia de Albornoz cobraron á Requena, echados della los soldados aragoneses. Él por su persona fué á Galicia, en que tenía nuevas que andaban los portugueses esparcidos y desmandados, y con gran descuido; y que por ir cargados de lo que robaban en aquella tierra, podrian fácilmente ser desbaratados: cercó en el camino á Zamora, y sin esperar á ganarla, entró en Portugal por aquella parte que está entre los rios Duero y Miño, que es una tierra fértil y abundosa: destruyó y corrió los campos de toda aquella comarca, quemó y robó muchas villas y aldeas, ganó las ciudades de Braga y Berganza. Desta manera, puesto grande espanto en los portugueses, y vengadas las demasías y osadía que tuvieron de entrar en su reino, se volvió para Castilla: hallóse con el rey D. Enrique en esta guerra su hermano el conde D. Sancho, ya rescatado por mucho precio de la prision en que estuvo en poder de los ingleses despues que le prendieron en la batalla de Nájara.

El rey de Portugal no se atrevió á pelear con D. Enrique, aunque ántes le enviara á desafiar, por no estar tan poderoso como él, ni se le igualaba en la ciencia militar, ni en la experiencia y uso de las cosas de la guerra. Valió á los portugueses la nueva que D. Enrique tuvo de los daños y robos que el rey de Granada hacia en el Andalucía, junto con la pérdida de la ciudad de Algecira que el moro tomó y la echó por el suelo de tal manera, que jamas se volvió á reedificar: debiéralo de hacer en venganza de las muchas vidas de moros que aquella ciudad costára. Demas desto, el rey tenía necesidad de volver á Castilla para proveer todavía de dineros con que pagar los soldados extraños, y despachar á Beltran, que en esta sazón era solicitado del rey de Aragon para que pasase en Cerdeña á castigar la gran deslealtad del juez de Arborea, Mariano, que de nuevo andaba alzado en aquella isla, y tenía ganados muchos

pueblos, y se entendia aspiraba á hacerse señor de toda ella.

Habia enviado el rey de Aragon contra él á D. Pedro de Luna, señor de Almonacir, el cual, sin embargo que tenía parentesco de afinidad con Mariano, por estar casado con doña Elfa, parienta suya, le apretó reciamente en los principios y puso brevemente en tanto estrecho, que por no se atrever á esperar en el campo, aunque tenía mayor ejército que el aragones, se encerró dentro los muros de la ciudad de Oristan. Túvole D. Pedro cercado muchos dias, y como quier que, por tener en poco al enemigo, en sus reales faltase la guarda y vigilancia que pide la buena disciplina militar, el Juez, que estaba siempre alerta y esperaba la ocasion para hacer un notable hecho, salió repentinamente con su gente, y dió tan de rebato sobre sus enemigos, y con tan grande presteza, que primero vieron ganados sus reales, presos y muertos sus compañeros, que supiesen qué era lo que venia sobre ellos. Finalmente, fué desbaratado todo el ejército y muerto el general D. Pedro de Luna, y con él su hermano don Filipe.

Pasados algunos dias, Brancaléon Doria, que en estas revoluciones seguia la parcialidad del señor de Arborea, quier por algun desabrimiento que con él tuvo, quier con esperanza de mayor remuneracion, se reconcilió con el rey, con que alcanzó, no solamente perdon de los delitos que tenía cometidos, sino tambien favores y mercedes. Poco tiempo despues el juez de Arborea forzó á la ciudad de Sacer, que es la más principal de Cerdeña, á que se le rindiese, con que se perdió tanto como fué de provecho reducirse al servicio del rey de Aragon un señor tan poderoso é importante como era Brancaléon. Estuvo entónces esta isla á pique de perderse: para entretenerla lo mejor que ser pudiese miéntras el rey iba á socorrerla, envió allá por capitán general á D. Berenguel Carroz, conde de Quirra: fuera desto, con grandes promesas solicitó á Beltran Claquin quisiese pasar en Cerdeña y tomar á su cargo aquella guerra. Era muy honroso para él que los príncipes de aquel tiempo le hacían señor de la paz y de la guerra, y que tenía en su mano el dar y quitar reinos.



Estaba para conceder con los ruegos del rey de Aragon, cuando otra guerra más importante que en aquella coyuntura se levantó en Francia, se lo estorbó y llevó á su tierra. Los pueblos del ducado de Guiena se hallaban muy fastidiados y querellosos del gobierno de los ingleses, que les echaron un intolerable pecho, que se cobraba de cada una de las familias; ésto para restaurar los excesivos gastos que el rey Eduardo hiciera en la entrada de su hijo el príncipe de Gáles en España cuando restituyó en su reino de Castilla á D. Pedro. Llevaron muy mal esta carga los guieneses, y lamentaban la opresion y servidumbre; más les faltaba cabeza que los favoreciese y acaudillase, que no gana de rebelarse. No tenían otro príncipe más á propósito á quien se entregar que el rey de Francia: avisáronle de su determinacion, y suplicáronle tuviese lástima de aquel noble Estado, que en otro tiempo fué de su corona, y al presente le tenían tiranizado y en su poder sus capitales enemigos.

Pareció al frances que era ésta buena ocasion para pagarse de lo que los ingleses hicieron en la batalla de Potiers. Por esto holgó con la embajada y los animó y confirmó en su propósito: prometiéndoles de encargarse de su defensa; que les exhortaba no dudasen de echar de su tierra los presidios de los ingleses, que él los socorreria con un buen ejército. Animáronse con esto los guieneses, los primeros que arbolaron banderas y tomaron cajas por Francia, fueron los de Cahors. El rey, visto que ya estaba rompida la guerra, y que para empresa de tan gran riesgo é importancia le faltaba un prudente y experimentado capitán de quien se pudiese fiar, juzgó que Beltran Claquin era el mejor de los que podian escoger, y el que con más amor y lealtad le serviria. Con este acuerdo le envió á llamar á España: juntamente rogó al rey de Navarra se fuese á ayudar en esta guerra. Determinóse el navarro de pasar á Francia, dado que á la sazón tenía en Aragon á Juan Cruzate, dean de Tudela, para que tratase de confederalla con aquel rey. Dejó en Navarra por gobernadora del reino á la reina doña Juana su mujer; y partido de España, se quedó en Chireburg, una villa fuerte de su es-

tado que está en Normandía. No se atrevió á fiarse del rey de Francia por las antiguas contiendas que entre sí tuvieran: demas desto como hombre astuto queria desde allí estarse á la mira sin arriscarse en nada (propio de gente doblada) y visto en qué paraban estos movimientos, despues inclinarse á aquella parte de que con ménos costa y peligro pudiese sacar mayor ganancia é interes.

Procuraba el rey de Francia amansar y sosegar la feroz é inquieta condicion del navarro, por saber que muchas veces de pequeñas ocasiones suelen resultar irreparables daños y mudanzas notables de reinos: envióle con este fin una amigable embajada con ciertos caballeros principales de su córte. Poco se hacia por medio de los embajadores: acordaron de hablarse en Vernon, que es una villa asentada en la ribera del rio Seina ó Sequana en los confines de los estados de ambos reyes. Concertaron en aquellas vistas que el rey de Navarra dejase al de Francia las villas de Mante y Meulench, y el condado de Longavilla, que eran los pueblos sobre que tenían diferencia; y que el rey de Francia diese en recompensa al navarro la baronía y señorío de Mompeller; empero estas vistas y conciertos se hicieron más adelante de donde ahora llega nuestra historia, que fué en el año de mil trescientos setenta y cinco. Volvamos á lo que se queda atrás y lo que pasaba en Castilla.

Muy alegre se hallaba D. Enrique con la victoria que alcanzó de su enemigo: su fama se extendia y volaba por toda Europa, como del que fundára en España un nuevo y poderoso reino, bien que por estar rodeado de tantos enemigos no dejaba de ser molestado de varios y enojosos pensamientos. Representábasele que muchas veces un pequeño yerro suele estragar y ser ocasion que se pierdan poderosos Estados. Todos los buenos en Castilla le querian bien y se agradaban de su señorío: no era posible tenellos á todos contentos, forzosamente los que tenían recibidas algunas mercedes de D. Pedro, ó por su muerte perdieron sus comodidades é intereses, defendian las partes del muerto y les pesaba del buen suceso de don Enrique. Los portugueses tenían en este tiem-





po en Ciudad-Rodrigo una buena guarnicion de hombres de armas: dende hacian grandes daños en las tierras de Castilla, corrían los campos, robaban y quemaban las aldeas, con que los labradores, como más sujetos á semejantes daños, eran malamente molestados.

Para remedio de estos males y reducir á su servicio esta ciudad, que es de las más principales de aquella comarca, el rey con toda su hueste la cercó en el principio del año de mil trescientos setenta. Pensaba hallarla desapercebida, y hacer que por fuerza ó de grado se la entregasen: hallóse en todo engaño, la ciudad bien prevenida, y se la defendieron valerosamente los portugueses, por donde el cerco duró más tiempo de lo que el rey tenía imaginado: la aspereza de aquel invierno fué grande, no pudo por ende el ejército estar más en campaña, y fué forzoso levantar el cerco é irse á Medina del Campo á esperar el buen tiempo. Tuvo córtes en aquella villa. Lo principal que de ellas resultó, fué un gran socorro y servicio de dineros que los procuradores de las ciudades le hicieron para que acabase de allanar el reino, por ser ya consumido lo que montaron los intereses que se sacaron de las monedas de cruzados y reales (que el año pasado se acuñaron y arrendaron), gastados en pagar sueldos y premiar capitanes, y en satisfacer su demasiada codicia.

Debíansese á Beltran Claquin ciento veinte mil doblas que le prometió D. Enrique por que le entregase en Montiel al rey D. Pedro, que para en aquella era fué una grandísima cantia. Dióle en precio de los setenta mil á D. Jaime, hijo del rey de Mallorca y rey de Nápoles, que era el rescate que la reina su mujer, señora riquísima, tenía prometido: lo demas se le dió en oro de contado, y ultra de sus pagas le hizo el rey merced de la ciudad de Soria, y de las villas de Almazan, Atienza, Montagudo, Molina y Seron. Con estas riquezas y grande estado que por su valor adquirió, ganada ultra desto una fama y gloria inmortal, se volvió á nuevas esperanzas que se le representaban en Francia. Maurello Fienno, que era condestable de Francia, hizo dejacion del cargo; con que el rey le proveyó á D. Beltran: él con su valor

reprimió los bríos de los ingleses que abraban todo aquel reino, y alcanzó dellos grandes victorias, unas con esfuerzo y otras con industria y arte, con que restituyó á su gente la honra y gloria militar perdida de tantos años atras.

En el mes de Julio deste año, se concordaron en Tortosa los aragoneses y navarros, y se aliaron; la voz era favorecerse los unos á los otros contra sus enemigos; en realidad, de verdad no era otra cosa sino juntar sus fuerzas para hacer guerra á D. Enrique. Fueron entónces restituidas por la reina de Navarra al rey de Aragon las villas de Salvatierra y la Real, que antiguamente eran de aquel reino; hicieron este acuerdo con los aragoneses D. Bernardo Folcaut, obispo de Pamplona, y Juan Cruzate, dean de Tudela, á quien el rey Carlos de Navarra, al tiempo de su partida, dejó por consejeros y coadjutores de la reina para la gobernacion del reino. En Castilla consultaba el rey á cuál parte sería mejor acudir primero; resolvióse en enviar á Galicia á Pedro Manrique, adelantado de Castilla, y á Pedro Ruiz Sarmiento, adelantado de Galicia, que llevaron algunas compañías de hombres de armas, y otras de infantería para defender aquella comarca de los portugueses, que se apoderáran de las ciudades de Compostella, Tuy, y del puerto de la Coruña; envió asimismo á mandar á su hermano D. Tello que él por su parte fuese á la defensa de aquella provincia.

Despachados estos socorros para Galicia, y despedidas las córtes, partióse luégo á Sevilla con la fuerza de su ejército. Á la verdad, en Andalucía era la mayor necesidad que se tenía de su persona, por la guerra que en ella hacian los moros, y estar todavía Carmona rebelada, y la armada de Portugal que por aquella costa hacia mucho daño, y tenía tomada la boca del rio Guadalquivir. Fueron en esta coyuntura muy á propósito las treguas que los maestros de Santiago y Calatrava asentaron con el rey de Granada; recibió gran contento el rey D. Enrique con esta nueva, porque si en un mismo tiempo fuera acometido de tantos enemigos, parece que no tuviera bastantes fuerzas para podellos resistir á todos, dividido su ejército en tantas



partes. Traian los portugueses en su armada diez y seis galeras y veinticuatro naves; mandó el rey en Sevilla echar veinte galeras al agua, que no se pudieron poner todas en orden de navegar por falta de remos y jarcias, que los tenían dentro de Carmona por orden del rey don Pedro, que las mandó allí guardar para quitar la navegacion á Sevilla, si se intentase rebelar. Por esto hizo venir de la costa de Vizcaya otra armada de navios y galeras, con que los castellanos quedaron tanto más poderosos en el mar, que los portugueses no osaron esperar la batalla; ántes perdidas tres galeras y dos navios que les tomaron los contrarios, se volvieron desbaratados á Portugal.

Á este tiempo se hallaba menoscabada la flota portuguesa, á causa que algunas de las galeras eran idas á Barcelona á llevar á don Martin, obispo de Ébora, y á D. Juan, obispo de Silves, y á fray Martin, abad del monasterio de Alcobaza, y á D. Juan Alfonso Tello, conde de Barcelós, que iban por embajadores para hacer alianza con el rey de Aragon. Mediante la diligencia destes prelados y del conde, se confederaron estos reyes contra D. Enrique en esta forma: que el reino de Múrcia y la ciudad de Cuenca, y todas las villas y castillos de aquella comarca fuesen para el rey de Aragon, lo demas de Castilla quedase por el rey de Portugal, como señor y rey que ya se intitulaba de Castilla; item que para mayor firmeza desta avenencia tomase el rey de Portugal por mujer á la infanta doña Leonor, hija del rey de Aragon, con cien mil florines de dote; conciertos que no tuvieron efecto por causa que el rey de Portugal se embebeció en otros amores, y áun se casó de secreto con doña Leonor Tellez de Meneses, hija de Alonso Tello, hermano del conde de Barcelós; asimismo el rey de Aragon aflojó en lo tocante á la guerra de Castilla por el peligro en que tenía su isla de Cerdeña, que le traía en gran cuidado.

Por estos dias en quince del mes de Octubre murió en Galicia D. Tello, señor de Vizcaya: fué hombre de buenas costumbres, y en todas sus cosas igual; padeció muchos trabajos, y al cabo vino á estar desavenido con el rey su hermano. Díjose entónces á la sorda que un mé-

dico de D. Enrique, llamado Maestre Romano, le dió hierbas con que le mató: mentira se creyó vulgarmente, como suele acontecer; lo cierto fué que murió de su enfermedad. Dió el rey al infante D. Juan, su hijo, el señorío de Vizcaya y de Lara, que era de su tío D. Tello, estados que desde entónces hasta hoy han quedado incorporados en la corona real de Castilla. Enterraron el cuerpo de D. Tello en el monasterio de San Francisco de la ciudad de Palencia; el entierro y obsequias se le hicieron con grande pompa y majestad.

De grande importancia fueron las treguas que tan á tiempo se hicieron con el rey de Granada, y no de menor momento echar de la costa de Castilla la armada de los portugueses. Lo que restaba era concluir el cerco de Carmona, que no sólo importaba el ganarla por hacerse señor de una tan buena villa, sino tambien era de mucha consideracion, por lo que tocaba á todo el estado de la guerra quitar aquella guarda á todos los de la parcialidad de D. Pedro, que necesariamente eran muchos, y los más soldados viejos y muy ejercitados en las armas. Determinóse, pues, el rey D. Enrique de echar á una parte el cuidado en que le tenía puesto esta villa: venida la primavera del año de mil trescientos setenta y uno, llegó con todo su ejército sobre Carmona y la sitió. Fué este cerco largo y dificultoso, y pasaron entre los cercados y los del rey algunos hechos notables en las contiñas escaramuzas y rebatos que tenían: los de la villa peleaban con grande ánimo y valor, y muchas veces á la iguala con los que la tenían cercada, tan confiados, y con tan poco temor de sus enemigos, que de dia ni de noche no cerraban las puertas, ni jamas rehusaban la escaramuza, si los del rey la querian; ántes los tenían siempre alerta con sus contiñas salidas.

Sucedió que un dia se descuidaron los centinelas por ser el hilo de mediodia: los soldados recogidos en sus tiendas por el excesivo calor que hacia: advirtiéronlo desde la muralla los cercados, salieron de improviso de la villa, arremetieron furiosamente, ganaron en un punto las trincheras, y con la misma presteza sin detenerse corrieron derechos á la tienda del rey para con su muerte fenecer la





guerra. Dios y el apóstol Santiago libraron en este día al rey y al reino; que estuvo muy cerca de suceder un gran desastre, si algunos caballeros, visto el peligro, no le acorrieran prestamente, y acudieran á entretener aquella furia é ímpetu de los enemigos hasta tanto que llegaron más gente, con cuya ayuda, después de pelear gran rato con ellos dentro de los reales, los forzaron á que se retirasen á la villa tal mal parados, que no se fueron alabando de su osadía.

El rey, visto que no podía ganar por fuerza esta villa, mandóla escalar una noche con gran silencio: subieron cuarenta hombres de armas y ganaron una torre, pero como lo sintiesen las centinelas y escuchas, tocaron al arma: alborotáronse los de la villa, primero por pensar que del todo era entrada; mas vueltos sobre sí, y cobrado esfuerzo, rebatieron los que subieran en la muralla: con el grande peso y priesa de los que bajaban, se quebraron las escalas, con que quedaron dentro de la villa presos los más de los que estaban en la torre; venido el capitán Martín López de Córdoba, que aquella noche no se halló en la villa, sin ninguna misericordia los hizo matar: el rey recibió desto grande enojo, y después de tomada la villa vengó sus muertes con la de aquel que los mandára matar. Apretóse, pues, más de allí adelante el cerco: no los dejaban entrar bastimentos. El capitán Martín López de Córdoba, forzado de la hambre y necesidad, se dió finalmente á partido; sin embargo, no obstante la seguridad que el maestro de Santiago le dió (á quien se rindió), le mandó el rey justiciar en Sevilla, sin respeto del seguro y palabra, á trueco de vengar el enojo y pesar que le hizo en matalle sus soldados. Vinieron á poder del rey los tesoros y hijos inocentes de D. Pedro, para que pagasen con perpétua prision los grandes desafueros de su padre.

Concluida esta guerra, el rey D. Enrique hizo que los huesos de su padre el rey D. Alonso, como él lo dejára mandado en su testamento, fuesen trasladados á Córdoba á la capilla real que está detrás del altar mayor de la Iglesia catedral, do se ven dos túmulos, el uno del rey D. Alonso y el otro de su padre el rey

D. Fernando, que también está en ella sepultado: aunque son humildes y de madera, no de mala escultura para lo que el arte alcanzaba en aquella era. Á la sazón que el rey D. Enrique estaba sobre Carmona, tuvo nuevas cómo Pero Fernández de Velasco le ganaba la ciudad de Zamora y la redujo á su servicio, echados della los portugueses, y que sus adelantados Pero Manrique y Pero Ruíz Sarmiento tenían sosegada la provincia de Galicia, ca vencieron en una batalla á D. Fernando de Castro, que era el principal autor de las revueltas de aquella comarca, y el que más se señalaba en favor de los portugueses; y así, perdida la batalla, se fué con ellos á Portugal.

En un cuerpo muelle y afeminado con los vicios no puede residir ánimo valeroso ni esforzado, ni se puede en los tales hallar la fortaleza que es necesario para sufrir las adversidades. Quebrantóse mucho el corazón del rey don Fernando de Portugal, con los malos sucesos que hemos referido tuvo en la guerra con don Enrique: así oyó de buena gana los tratos de paz en que de parte del rey de Castilla le habló Alfonso Pérez de Guzmán, alguacil mayor de Sevilla, por cuya buena industria en primero de Marzo se concluyeron las paces en Alcaútin, villa de Portugal con estas condiciones: que el rey de Castilla le restituyese los pueblos que durante la guerra le ganára: que la infanta doña Leonor, hija del rey de Castilla, casase con el de Portugal: el dote fuese Ciudad-Rodrigo y Valencia de Alcántara en Extremadura, y Monreal en Galicia. Tuvo el portugués gran ocasión de ensanchar su reino: mas todo lo pervirtieron los encendidos amores que tenía con doña Leonor de Meneses (como de suso se dixo), que pasaban muy adelante, y estaban muy arraigados por tener ya en ella una hija que se llamaba doña Beatriz. Esto le hizo mudar intento, y no efectuar el casamiento con doña Leonor, infanta de Castilla. Envió á su padre una embaxada para disculparse de su mudanza, y para que le entregasen las villas y ciudades que él tenía de Castilla, en señal que quería ser su amigo.

Aceptó D. Enrique el partido y excusas de aquel rey. En el entretanto él se casó pública-



mente con doña Leonor de Meneses: fueron padrinos D. Alfonso Tello, conde de Barcelos, y su hermana doña María, tios de la novia, hermanos de su padre: casamiento infeliz, y causa de grandes males y guerras que por su ocasión resultaron entre Portugal y Castilla. Antes que este matrimonio se efectuase, como entendiesen los ciudadanos de Lisboa lo que el rey quería hacer, pesóles mucho dello, y tomadas las armas, fueron con gran tropel y alboroto al palacio del rey. Daban voces, y decían que si pasase adelante semejante casamiento, sería en gran menoscabo y desautoridad de la majestad del reino de Portugal; que con él se ensuciaba y escurecía la esclarecida sangre de los reyes. Mas el obstinado ánimo del rey no quiso oír las justas querellas de los suyos, ni temió el peligro en que se metía; ántes se salió escondidamente de Lisboa, y en la ciudad de Portugal públicamente celebró sus bodas, mudado el nombre que doña Leonor tenía de amiga, en el de reina. Dióle un gran señorío de pueblos para que los poseyese por suyos, y mandó á los señores y caballeros que se hallaron presentes le besasen la mano como á su reina y señora. Hiciéronlo todos hasta los mismos hermanos del rey, excepto D. Donís, el cual claramente dixo no lo quería hacer; de que el rey se encolerizó de suerte que puesta mano á un puñal, arremetió á él para herirle: libróle por entonces Dios: anduvo por el reino escondido hasta que se pasó al servicio y amistad del rey de Castilla.

Desde entonces la nueva reina comenzó á mandar al rey y al reino, que no parecía sino que le tenía dados hechizos y quitádole su entendimiento: ella era la gobernadora, por cuya voluntad todas las cosas se hacían. Los caballeros de la casa de los Vazquez de Acuña se fueron deserrados del reino por miedo della, que estaba mal con ellos por la memoria de su primer casamiento, y porque ellos fueron los autores del alboroto de Lisboa. Por el contrario, los parientes y allegados de doña Leonor, fueron muy favorecidos del rey, y les dió nuevos estados y dignidades; á D. Juan Tello, primo hermano de la reina, hijo del conde de Barcelos, dió el condado de Viana; á D. Lope Díaz

de Sosa, su sobrino, hijo de su hermana doña María Tellez de Meneses, el maestrazgo de la caballería de Christus; á otros muchos sus deudos hizo otras mercedes muy grandes.

El más privado del rey y de la reina era don Juan Fernández de Aldeyro, gallego de nación, que en las guerras pasadas de la Coruña, de do era natural, vino á servir al rey, y por esta causa le hizo conde de Oren. Con este caballero tenía la reina mucha familiaridad, y estaba muchas veces con él en secreto y sin testigos, de quien comunmente se vino á tener sospecha que era deshonesto su amistad, y públicamente se decía que los hijos que paría la reina no eran del rey, sino deste caballero. No se supo si esto era como se decía; que muchas veces el vulgo con sus malicias oscurece la verdad, por ser los hombres inclinados á juzgar lo peor en las cosas dudosas, en especial cuando se atraviesan causas de envidia y odio.

En el fin deste año, el rey D. Enrique tuvo Cortes en Toro, en que por estar ya restituidos los pueblos que el rey de Portugal tenía en Castilla (que fué una de las cosas con que él se hizo á los suyos más odioso), se decretó que á la primavera se enviase ejército á la frontera de Navarra para cobrar las ciudades y villas que las revoluciones pasadas los navarros usurparon en Castilla. Al arzobispo de Toledo, don Gómez Manrique, por sus muchos servicios dió el rey la villa de Talavera. y en trueque á la reina, cuya era aquella villa, la ciudad de Alcaráz, que era del arzobispo, el cual adquirió también á su dignidad la villa de Yepes. Ordenóse en estas Cortes, que los judíos y moros que habitaban en el reino mezclados con los cristianos, que era una muchedumbre grandísima, trujesen cierta señal con que pudiesen ser conocidos: mandóse también bajar el valor de las monedas de cruzados y reales, que dijimos se acuñaron para del aprovechamiento é interés que se sacase dellas, pagar los soldados extraños; no parece que era bien por entonces consumillas, por estar muy gastado el tesoro y hacienda real.

En estas mismas Cortes quisiera el rey que se repartieran entre los señores los otros pueblos de las behetrías que no fueron de la ca-